

¡Sinvergüenzas!

José Manuel Sanchis
Gonzalo García

¿Quiénes? Pues a ciencia cierta, no lo sabemos. Hasta hace relativamente poco tiempo (2002), en las afueras del pueblo turolense de Rillo se alzaba un majestuoso plano inclinado, con sus dos tolvas, últimos testigos en pie de la antigua explotación minera del Grupo San Rafael. Posiblemente, el único de esas características de toda la provincia. Quizá de todo Aragón. Pues bien: ya no existe. Ni tolvas metálicas gemelas, ni plano inclinado recubierto de maderos, ni máquina tractora, ni nada de nada. Se lo han llevado todo, como diría Pérez Reverte, con dos cojones. Y no ha pasado nada. Ni pasará, claro.

¿Culpables? ¿El Ayuntamiento, la DGA, los propietarios de los terrenos y la mina, los vecinos, o la madre que los parió a todos? De nuevo, Fuente-Obejuna. Todos a una. ¡Qué más da ya! La cuestión es que no existe, y ese es un hecho irreversible. Después de haber recorrido más de 400 kilómetros, indagando, preguntando y sospechando de todo bicho viviente, no podemos señalar al culpable o los culpables. Poco importa. Tampoco somos fiscales ni inquisidores. Ni ganas.





El alcalde de la localidad, con el que hemos hablado personalmente, supone y cree que, cuando aquel chatarrero llegado de Alcorisa (¿?) hace ya cuatro o cinco años dispuesto a llevarse hasta el último tornillo, lo haría con el consentimiento de SAMCA, la propietaria de las minas. Con el anterior mandatario municipal no hemos conseguido hablar, ni tampoco con la empresa. En cualquier caso, resulta evidente que nadie movió un dedo por impedirlo.

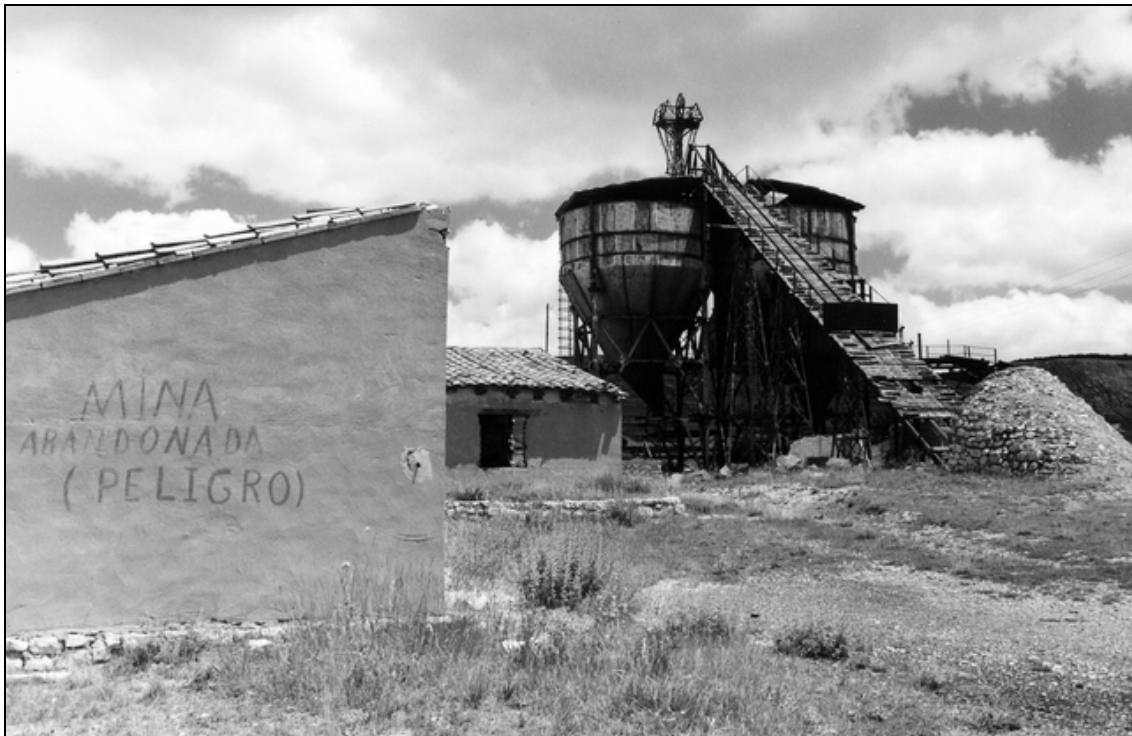
A los habitantes de Rillo poco les importaba el destino final de aquellos hierros, cosa por otra parte comprensible, lógica y normal. El carbón ya era historia pasada, posiblemente con más pena que gloria. Y para la empresa, si es que autorizaron el desguace, era un medio eficaz de quitarse dolores de cabeza o la posibilidad de ganarse alguna demanda judicial por accidente de algún torpe en las instalaciones, por falta de medidas protectoras en la mina. Porque nos cuesta creer que lo hiciesen por dinero: cinco duros mal contados, en el hipotético caso de que les dieran algo por aquel montón de chatarra. Muerto el perro, se acabó la rabia. La verdad es que nos cuesta creer que SAMCA, empresa que ya había demostrado cierta sensibilidad hacia los bienes patrimoniales mineros, salvando, por ejemplo, de una muerte anunciada el castillete de la mina Corral Negro, consintiese semejante tropelía. Ojalá alguno de ellos lea estas líneas y lo desmienta. Sinceramente, nos encantaría poder señalar como único responsable a un vulgar mangante, en lugar de inculpar a una empresa minera, sin olvidar, eso sí, la dejadez de unos y otros.



Aunque casi es preferible el anonimato y el desconocimiento de la paternidad de semejante fechoría: de ese modo uno puede permitirse el lujo de pillar un descomunal cabreo y vomitar este escrito. Siempre será preferible a la decepción que una “ejemplar sentencia” hubiese causado, al condenarse al autor/autores a una simple multa de unos pocos euros, como mal mayor. Escribame Vd. cien veces: no lo volveré a hacer más.

Porque no podemos esperar una dura condena, ni una severa reprimenda, en un país donde un degenerado hijo de puta, por la dejadez de un juez, aprovecha su salida de prisión para asesinar a una inocente criatura, mientras que dicho juez es condenado a pagar solamente calderilla, o en el que los delincuentes campan a sus anchas, o se pasean libremente por las calles, con la novia, teniendo más derechos que cualquier honrado ciudadano. No podemos esperar gran cosa con respecto a la salvaguarda de nuestros bienes patrimoniales mineros en un país cuyas leyes y justicia hacen mas aguas que el Titanic.

¿Tanto molestaban aquellas estructuras? ¿Tan peligrosas para niños y ancianos eran, estando a muchos cientos de metros del núcleo urbano, en medio de la nada? ¿Tan grande era el impacto ambiental, mucho menos horrible, por supuesto, que el de los generadores eólicos? ¿Tanto costaba haberlos aseado un poco, solo un poco (no vaya a ser que llegue el artista de moda y lo estropee) y haberlos dejado en su lugar? ¿Molestaba su recuerdo? Demasiadas interrogantes



para una instalación tan modesta. Al suelo con ella. Sopletes y acabemos de una vez. Más adelante, si la cosa se tuerce y hay dinero a repartir, ya haremos una nueva, de cartón piedra y vinilos, como los poblados del far-west de Almería. Y plantitas, por favor, que adornan mucho.





No lejos de allí, en el tan cacareado parque geológico de Aliaga, la mina Hoya Marina y sus instalaciones, repletas de estiércol, basuras, escombros e inmundicias, acogen con cariño a una ganadería de vacas. Su plano inclinado resiste, gracias al hormigón. El poblado minero se ha reconvertido en lugar de



acogida para domingueros, la iglesia de Santa Bárbara se utiliza como cine de barrio, donde exhiben un documental previo pago de un puñado de dólares, y las torretas del cable aéreo han desaparecido ya casi todas, excepto las de las cumbres del monte, por no ser rentable su demolición. Por si esto fuera poco, la central térmica de Aldehuela, la primera de Teruel...convertida en escenario de una película de ciencia-ficción, al más puro estilo Mad Max, en la que solamente podemos encontrar caos, cascotes, destrucción y ruina. Paraíso de grafiteros, de depredadores y de chorizos. Más abandono, imposible. Más tristeza, tampoco.

Pero luego se nos llena la boca con aquello de los centros de interpretación (para acceder al de Aliaga hay que llamar a un móvil y esperar que acuda la chavala que lo atiende, si es que la encuentras), de la defensa del patrimonio (¡Ah! pero...¿aún queda algo que defender?), de la conservación (léase traslado, intervención, manipulación, compra-venta o incluso invención de elementos ya desaparecidos), de los museos locales con lámparas mineras de madera y purpurinas de colores, y un etcétera tan largo que ya da hasta vergüenza enumerarlo. Eso sí: primera página en el periódico de turno, la omnipresente televisión regional dando la vara y el político correspondiente inaugurando los locales. El sempiterno “spanish show typical mandanga”. Y de vez en cuando, un congreso “ad hoc”, que eso da un toque de seriedad científica y compromiso, tan necesario en estos tiempos. Y rotondas. Muchas rotondas, con un castillete en cada una, que quedan muy vistosos iluminados de noche. ¡Pasen señores, y vean el maravilloso espectáculo del circo!



Aquí todos miran para otro lado, no quieren enterarse. Pues bien, sepan que cuando tuerzan ese melón para no ver lo que pasa, se van a encontrar con nuestra mirada, que les vamos a llamar golfos y que no vamos a olvidar que ustedes lo

permitieron. La minería es una actividad como pocas hay. Es primaria, es digna, hay hombres casi desnudos que trabajan con sus manos y libran cada día un desigual combate por extraer esos materiales que la sociedad exige. Con una herramienta en las manos no hay que comprar a 2 para vender a 20. No hay oportunismo ni hay peloteo porque la naturaleza no entiende ese lenguaje. Es un trabajo limpio y tan honrado como lo son los mineros. Respétenles, pues, a ellos, porque cada vez que derriban esas significativas moles están agrediendo gravemente, no solo a la identidad del paisanaje, sino desmereciendo su trabajo.

Pues bien: ante este patético panorama, con la impotencia que provoca tanto desvarío, tanta insensatez y tanta desfachatez con la que se asumen y se airean los ¿éxitos? logrados, solo se me ocurre exclamar: ¡váyanse al guano, sinvergüenzas!

** En breve, **MTI** publicara un amplio reportaje gráfico sobre lo que fueron y lo que ahora son estas minas de Rillo.*